



La Comédiathèque

Amores a Ciegas

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Amores a Ciegas

Una comedia de Jean Pierre Martínez

Para restablecer su fortuna, la baronesa de Castelestafa
busca para su hija, bastante fea y un poco tonta,
un pretendiente tan rico como poco exigente.
Ella cree que ha encontrado al yerno ideal...

PERSONAJES

Carlota, Baronesa de Castelestafa
Marika, su hija
María, su sirvienta
Alán, su yerno

Acto I

El salón del deteriorado castillo de Casteljarana. Muebles de época, pero en un estado lamentable. Las paredes disimulan su decrepitud con unos cuantos retratos familiares colgados torcidos. Entra Marika de Casteljarana, poco agraciada y vestida sin ninguna elegancia.

Marika – ¿María? ¿Dónde se habrá metido esa inútil? ¡María! ¡Esto es el colmo!

Entra su madre, la baronesa Carlota de Casteljarana, una mujer de formas generosas, muy maquillada y de elegancia un tanto ostentosa. Lleva una bandeja con el desayuno.

Marika – Ah, buenos días, madre... Pero ¿dónde está la doncella?

Carlota – Acaba de marcharse...

Marika – ¿Marcharse? ¿Adónde? ¿Y cuándo piensa volver?

Carlota – Temo que no vuelva en mucho tiempo...

Marika – ¿Cómo dice? ¡Pero si la necesito! *(Asaltada por una sospecha)* ¿No me dirá que se ha vuelto a ir de vacaciones a Portugal?

Carlota – Peor aún...

Marika – ¿Quiere decir que se ha despedido? ¿Así, sin más?

Carlota – Es lo que acaba pasando, por desgracia, cuando una lleva tiempo sin pagar el sueldo al servicio...

Marika – ¡Qué poca educación tiene esta gente! Por lo menos podía haberme servido el desayuno antes de irse... En fin, por una criada que se va, ya vendrán diez... Total, ni siquiera sabía hacer bien un huevo pasado por agua...

La baronesa deja la bandeja sobre una mesa.

Carlota – Aquí tiene. Hoy, excepcionalmente, se lo he preparado yo misma... ¡Feliz cumpleaños, cariño!

Marika – ¿Se ha acordado? ¡Es usted un amor, mamá!

Carlota – El regalo tendrá que esperar. Ya sabe que últimamente andamos un poco justas de dinero...

Marika se sienta y empieza a comerse el huevo pasado por agua.

Marika – No se preocupe por eso, madre. En todo caso, este le ha salido estupendo. ¡Enhorabuena!

Carlota – ¿Este?

Marika – ¡El huevo pasado por agua!

Carlota – Ah, sí, claro... Si nuestra economía sigue empeorando, siempre podría buscar trabajo de ama de llaves en algún castillo de los alrededores...

Marika – Qué graciosa es usted.

Carlota – He contratado a otra doncella, pero como tampoco podremos pagarle, me temo que no durará mucho más que la anterior...

Marika – ¿Se encuentra bien, madre? La veo preocupada. Por María, no se inquiete. Puedo arreglármelas sin doncella un par de días.

Carlota – Marika, tenemos que hablar seriamente.

Marika – Me está asustando... Parece grave, desde luego... La escucho.

Carlota – Marika, ya no es usted una niña. Hay cosas que ha llegado el momento de comprender... Como sabe, desde que salió del Colegio de las Golondrinas, nuestra situación económica es delicadísima. Ya no podemos pagar al servicio y este castillo se viene abajo.

Marika – Precisamente quería comentárselo. ¿Conoce esos famosos versos que cantaba una estrella de la canción: «Llueve en mi corazón como llueve en la ciudad»?

Carlota – Creo que son de Verlaine.

Marika – Pues en mi caso sería más bien: «Llueve en mi habitación cada vez que llueve sobre el tejado».

Carlota – Pues bien, Marika, quizá haya encontrado la manera de tapar definitivamente los agujeros de nuestras cuentas y restaurar el castillo antes de que se nos caiga encima.

Marika – ¿Está pensando en uno de esos sorteos de la lotería que anuncian por todas partes y que pueden convertir a un don nadie en un nuevo rico de la noche a la mañana?

Carlota – Pensaba en otro tipo de sorteo, hija mía. Más en los juegos del amor que en los del azar. Hágame caso: por experiencia sé que son bastante más seguros...

Marika – Me temo que no la entiendo...

Carlota – A su edad ya va siendo hora de buscar marido... ¿Nunca se le ha ocurrido?

Marika – Pues...

Carlota – Ya sé que hoy día no es fácil encontrar un pretendiente que esté a la altura de una señorita de buena familia. Sobre todo cuando una pone el listón tan alto. ¡La hija de la baronesa de Casteljarana no puede casarse con cualquiera!

Marika – Desde luego.

Carlota – Algún día heredará mi título de baronesa. Aunque me temo que para entonces será lo único que pueda dejarle...

Marika – Vamos, tampoco hemos llegado a tanto... De todos modos, como usted dice, hoy los príncipes azules no abundan...

Carlota – Precisamente por eso, la discreta intervención de una madre puede resultar providencial...

Marika – ¿De veras?

Carlota – Una madre... con una pequeña ayuda de las nuevas tecnologías, claro está...

Marika – ¿Me ha apuntado a una página de contactos sin consultarme?

Carlota – A una muy exclusiva, no se preocupe. Aunque para ello he tenido que exagerar un poco la cuantía de su posible dote y retocar su retrato con Photoshop...

Marika – ¿Mi foto?

Carlota – Por fortuna, nuestro apellido constituye por sí solo un patrimonio inalienable. Muchos hombres adinerados se sentirían halagados de casarse con una baronesa de Casteljarana, aunque no tenga un céntimo, para adquirir así una respetabilidad que el dinero por sí solo no compra.

Marika – Pero, madre... ¿Pretende casarme con un plebeyo?

Carlota – Por desgracia, debemos admitir la realidad, hija mía. Los de nuestra clase están tan arruinados como nosotras...

Marika – ¡De ahí a endosarle a su hija un nuevo rico para salvar el honor de la familia...!

Carlota – No veo otra salida... Busqué en Internet una página que se llamara «Adopta a un noble punto com», pero no encontré ninguna... Créame, no tenemos elección.

Marika – ¿Y si vendiéramos algo?

Carlota – Ya he agotado todos los recursos, se lo aseguro... O hacemos esto o nos desprendemos de Casteljarana. ¡El castillo de nuestra familia desde hace siete generaciones!

Marika – ¡Pero yo no quiero separarme de usted, madre!

Carlota – Podría vivir aquí con su marido. El castillo es grande. Solo necesitamos encontrar a alguien lo bastante complaciente... Y tan rico como poco exigente...

Marika – Bueno... Visto así, ¿por qué no? Nunca recibimos a nadie. Tener unos cuantos pretendientes en casa puede resultar entretenido. Ya veremos qué tal son...

Carlota – Su primera cita llegará de un momento a otro.

Marika – ¿Mi primera cita? ¡Habla como la recepcionista de un dentista! ¡Parece que vayan a sacarme una muela! No me dirá que ya hay cola en la sala de espera.

Carlota – Tranquila, de momento solo tiene un pretendiente. Y créame que encontrarlo no ha sido fácil...

Marika – ¡Pero, madre, si ni siquiera estoy peinada!

Carlota – No se preocupe, no hace falta.

Marika – ¿Cómo dice?

Carlota – Quiero decir que está usted estupenda así, querida.

Marika – ¿Y cómo es ese muchacho?

Carlota – Es el único heredero de un magnate inmobiliario que hizo fortuna en California.

Marika – Me refería... a su aspecto físico.

Suena el timbre.

Carlota – Ah, creo que enseguida podrá juzgarlo por sí misma...

Marika – ¡Dios mío! ¡Debería haberme avisado!

Carlota – No sabía cómo reaccionaría. Preferí darle una sorpresa. Voy a abrir yo misma, ya que nos hemos quedado sin doncella...

Sale Carlota. Marika parece a la vez inquieta y emocionada. Intenta arreglarse un poco el pelo. Su madre vuelve enseguida, seguida del recién llegado.

Carlota – Pase, pase, por favor. No se fije en el desorden, la doncella se ha tomado el día libre...

Entra el pretendiente. Lleva traje oscuro y gafas negras y se orienta con un bastón blanco. Sostiene un ramo de flores. Marika se queda muda de asombro.

Carlota – Marika, le presento al señor Sordo.

Franck – Buenos días, Marika.

Marika – Buenos días, señor...

Franck se acerca para ofrecerle las flores. Al hacerlo, tropieza con una mesita y tira al suelo un jarrón. Marika se queda paralizada un momento.

Franck – Por favor, llámeme Franck.

Marika coge las flores mientras su madre recoge el jarrón.

Marika – Bienvenido a Casteljarana, Franck...

Carlota – ¡Oh, no tenía que haberse molestado con las flores! Son preciosas... ¿Verdad, Marika?

Marika – Sí, preciosas... Muchísimas gracias...

Carlota – Vamos a ponerlas en un jarrón ahora mismo...

Carlota le entrega a Marika el jarrón del suelo y esta coloca dentro las flores.

Carlota – Bien... ¿Le apetece un café, señor Sordo? No he preparado uno en mi vida, pero puedo intentarlo...

Franck – Gracias, no hace falta... Acabo de llegar de Los Ángeles. Ya he desayunado en el avión.

Carlota – Mi hija estaba deseando conocerle... Imagino que se quedará unos días por aquí...

Franck – Bueno... Para siempre, espero. Aunque eso depende, en realidad, de su hija...

Marika permanece impasible.

Carlota – Es un poco tímida, ¿sabe? Acaba de salir del convento... Bueno, no era monja, no se asuste.

Franck – En cualquier caso, no tengo intención de meterle prisa.

Carlota – Estudió en el Colegio de las Golondrinas, como Carmen Sevilla y la princesa Leonor...

Franck – Espero que no en la misma promoción.

Carlota (*soltando una carcajada*) – ¡Qué gracioso! ¿Verdad que tiene gracia, cariño? (*Pero Marika sigue sin sonreír*) Claro que a usted le resulta un poco difícil comprobarlo, pero puede creerme: Marika es una joven absolutamente encantadora...

Franck – La creo, señora baronesa. Además, ¿no dicen que el amor es ciego?

Carlota (*riendo de nuevo*) – ¡Buenísimo! Pero diga algo, Marika, o el señor Sordo pensará que es usted muda.

Marika – Usted... Quiero decir... ¿Cómo...?

Carlota – Mi hija no se atreve a preguntarle cómo se quedó... ¿Nació así o...?

Franck – Bueno... En realidad... Me cayó un rayo a los dieciocho años.

Carlota – ¡Un flechazo! ¡Dios mío, qué romántico! ¿Verdad, cariño?

Franck – Créame, si alguna vez las sorprende una tormenta en pleno campo, no intenten resguardarse detrás de uno de esos cruceros de hierro que hay en los cruces de caminos.

Marika – ¿Y eso por qué?

Franck – Porque atraen los rayos, señorita.

Carlota – Es sabido que esos cruceros son auténticos pararrayos.

Franck – A veces pienso que fue el mismísimo Señor quien me impuso esta prueba como penitencia por mis pecados...

Carlota – Así que es usted creyente...

Franck – La fe es uno de mis últimos consuelos en este mundo...

Carlota – Yo misma me he encargado de educar a mi hija en los principios de nuestra santa religión católica y romana...

Franck – Escuche, Marika, iré al grano, porque no me sobra el tiempo. Sé que tengo pocos atractivos que ofrecer, aparte de la pureza de mis intenciones y de mi inmensa fortuna.

Carlota – Cosas que valoramos muchísimo, créame, señor Sordo... Me refería a la pureza de sus intenciones, naturalmente...

Franck – Una fortuna que pondré como ofrenda a los pies de mi futura esposa... La mujer que sepa adivinar la inmensa necesidad de amor que se esconde detrás de estas gafas oscuras...

Carlota – ¡Dicen que los ojos son el espejo del alma! Por desgracia, en su caso las persianas están bajadas. Pero estoy segura de que encontrará a alguien que sepa abrirlas y deje entrar un poco de aire fresco en esta casa...

Franck – Marika, de su apellido ha heredado la nobleza y la gracia. Además, ha recibido una educación esmerada. Deseo casarme con una joven desinteresada que me sirva de guía en la vida. Y comprenderá que, en mi estado, la dulzura del carácter importa más que el físico...

Carlota – ¡Mucho mejor, mucho mejor, señor Sordo! (*Marika la fulmina con la mirada*) Quiero decir que es muy noble por su parte, Franck. Mi hija heredará algún día mi título de baronesa de Casteljarana... Una familia que, como puede ver en estos retratos, ha desempeñado un papel ilustre a lo largo de nuestra historia...

Marika – Mamá...

Carlota – Perdón, había olvidado que...

Franck – No tiene importancia, querida señora.

Carlota – Pero llámeme Carlota, se lo ruego.

Franck – ¿Y eso por qué?

Carlota – ¡Porque es mi nombre!

Franck – Era una broma, querida señora. Digo... Carlota.

Carlota – ¡Es usted increíble! ¿Verdad, cariño? Nunca habría imaginado que una persona con discapacidad pudiera tener tanto sentido del humor... En fin, quiero decir...

Suena el timbre.

Carlota – Perdón, debe de ser la nueva buena... Quiero decir, la buena nueva... ¡Ay, la nueva doncella!

Franck – ¿Ah, sí? Creía que la que tenían solo se había tomado el día libre...

Carlota – Exactamente, pero he decidido despedirla por eso mismo... Se tomaba demasiados días libres... Ya sabe cómo están las cosas con tantos derechos laborales... Vuelvo enseguida. Aprovechen para conocerse un poco más...

Sale Carlota. Marika se queda sola con Franck, sin saber qué decir.

Franck – En cualquier caso, tiene usted una voz preciosa...

Marika – Gracias...

Nuevo silencio.

Franck – Solo me gustaría disfrutar de ella un poco más... Puede hacerme preguntas, ¿sabe? Así nos iremos conociendo mejor...

Marika – No sé... ¿Toca usted el piano?

Franck – Eh... No. ¿Por qué?

Marika se siente incómoda.

Marika – Disculpe un momento. Tengo que hablar dos palabras con mi madre...

Sale Marika. Franck la sigue con la mirada sin que ella se dé cuenta. Se levanta las gafas negras y examina la habitación y los muebles. El estado ruinoso de la casa parece inquietarle. Contempla los cuadros y da muestras de mayor satisfacción. Regresan Carlota y Marika acompañadas de la nueva doncella. Franck vuelve a ponerse las gafas.

Carlota – Perdona que le hayamos dejado solo un momento... Le presento a María, nuestra nueva doncella...

Marika – ¿También se llama María?

Carlota – Sí, igual que la anterior. Así resultará más cómodo, ¿no le parece?

María – ¡Uf! ¡Menudo chaparrón me ha caído al cruzar el parque!

María, una joven de atractivo algo vulgar, se acerca a Franck.

Carlota – He comprobado personalmente que por lo menos una de cada dos criadas se llama María. No sabría decir por qué...

María – Buenos días, señor...

Franck – Buenos días, señora.

María – ¡Señorita! ¡Vaya optimista que está hecho! Y eso que con el tiempo que hace no apetece nada ponerse gafas de sol...

Le tiende la mano a Franck, que finge no verla. Carlota y Marika intercambian una mirada consternada.

Carlota – Discúlpela... Hoy en día es tan difícil encontrar personal... En fin, María, ¿por qué no va usted a ver qué hay que hacer en la cocina? Ya hablaremos después, ¿de acuerdo?

María – Muy bien, señora...

Carlota – Ahora que volvemos a tener doncella, quizá el señor Sordo quiera tomar un café de verdad. Entre nosotros, las criadas portuguesas tendrán sus defectos, pero saben preparar un buen café...

Franck – No se moleste por mí... Además, ya es hora de que me vaya...

Carlota – ¿Ya nos deja, señor Sordo?

Franck estornuda.

Franck – Disculpen. Soy alérgico al polen... Deben de ser las flores que he traído...

María – ¿Está seguro de que no es por el polvo? (*María mira a su alrededor*) Porque aquí hay faena para rato, ¿eh? ¡Madre mía! ¡Esto es para verlo! Aunque mejor no verlo, ¿verdad, señor Sordo?

Franck – Tengo que irme, pero volveré pronto... Marika, ha sido un placer conocerla...

Marika – Igualmente, Franck.

Franck – Mis amigos me llaman Frankie...

Marika – Hasta pronto, Frankie.

Carlota – Mi hija lo acompañará a la salida... ¿Verdad, cariño?

Franck recoge el bastón blanco y se levanta para marcharse. María comprende que es ciego.

María – Ah, vale... Perdone, señor Sordo. No me había dado cuenta de que era ciego.

Franck – No se preocupe. Estoy acostumbrado.

María – Que conste que yo no tengo nada contra los discapacitados, ¿eh? Me parece indignante esa gente que ocupa las plazas de aparcamiento reservadas para ciegos. ¿A usted no?

La baronesa y su hija vuelven a mirarse, horrorizadas.

Carlota – Hasta muy pronto, Franck.

Franck – Gracias por su hospitalidad, señora baronesa.

Marika acompaña a Franck del brazo hasta la salida.

María – Así que usted es baronesa...

Carlota – Efectivamente. Soy la baronesa de Casteljarana, la séptima de mi linaje.

María – Pues mira... Nunca había visto a una baronesa de verdad.

Carlota – Bien, ahora que ya me ha visto, puede ponerse a trabajar, ¿no cree? ¿Cómo ha dicho que se llama?

María – María.

Carlota – Eso es. Pues bien, María, empiece por retirar esta bandeja y quitar un poco el polvo.

Vuelve Marika. María la observa fijamente.

María – ¡Hay que ver cuánto se parece usted a mi madre!

Carlota – Le agradezco que no haya dicho eso delante de su pretendiente... Y en adelante le ruego que no se dirija directamente a nuestras visitas. ¿Está claro? Y bien, Marika, ¿qué le ha parecido?

María – Es increíble. ¡Y encima nos llamamos igual!

Marika – Eh... No exactamente... Yo me llamo Marika.

María – Ah, perdone, había entendido María. Pero sigue pareciéndose a mi madre, es una barbaridad. Parecen de la misma familia.

Marika – ¿Cuál es el apellido de su madre?

María – ¿El qué?

Carlota – ¡El apellido!

María – Fernandes. Como yo.

Carlota – Entonces es poco probable que estemos emparentadas. La rama de nuestra familia vinculada a la corona portuguesa se extinguió hace siglos...

María – ¿Portugal? Pero si yo no soy portuguesa.

Marika – ¿No es portuguesa?

María – No. Soy española. Mis padres sí que son portugueses.

Carlota – Bueno, viene a ser lo mismo...

María – ¡Pues no es lo mismo! Por cierto, señorita, ¿sabe a qué suena su nombre cuando se pronuncia?

Carlota – No, y nos importa un comino, francamente.

María – Pues yo no querría llamarme Marika...

Carlota – ¿Sería tan amable de llevarse la bandeja y volver a la cocina?

María – Sí, señora baronesa. *(Sale entre risas)* Marika... ¡Encima con ka! Si es que suena a «marica»... Yo no querría llamarme así, la verdad...

Las otras la ven marcharse, indignadas.

Carlota – Y bien, ¿qué le ha parecido?

Marika – ¿La doncella nueva?

Carlota – ¡Su pretendiente! Todo ha ido bastante bien, ¿no?

Marika (*estallando*) – ¿Bien? ¡Es ciego y encima ni siquiera toca el piano!

Carlota – Reconozco que quizá no sea el marido ideal... Pero desde el punto de vista económico le aseguro que es el yerno ideal. ¡Es multimillonario! ¡La solución a todos nuestros problemas!

Marika – Pues cásese con él usted misma...

Carlota – Será ciego, pero no tanto como para no darse cuenta de que tengo más edad para ser su madre que su esposa. No tenemos alternativa, hija mía. Se lo aseguro. O eso, o empezamos a cocinar y a limpiar nosotras mismas. Porque a esta criada habrá que pagarle si queremos que se quede.

Marika – Podríamos vender algún mueble más...

Carlota – Como vendamos otro, tendremos que sentarnos en el suelo... ¡Hay que estar ciego para no ver cómo está ya este castillo!

Marika – ¿Y los retratos de familia?

Carlota – ¡Eso jamás!

Marika – ¿Prefiere venderme a mí?

Carlota – Vamos, Marika, ya no es una niña... No me dirá que todavía cree en el príncipe azul... ¡No está obligada a amar a su marido! Y si decide buscarse un amante, convendrá conmigo en que estar casada con un hombre que no ve es una ventaja considerable.

Marika – Tiene usted una idea muy peculiar del matrimonio, madre...

Carlota – A cambio de los millones que pondrá a sus pies, solo pide un poco de compañía y alguien que lo guíe por la vida.

Marika – ¡Pero, madre... yo no soy un perro guía!

Carlota – Siempre puede aprender a ladrar... Es una broma. Y un poco de sangre nueva en la familia vendrá bien para regenerar la estirpe.

Marika – ¿Sangre nueva? ¿La de un discapacitado?

Carlota – Como mínimo, regenerará nuestra cuenta bancaria...

Marika – No, madre, de verdad. No puede exigirme semejante sacrificio...

Carlota – Solo le pido que se lo piense, querida. Sea razonable... Quizá le cueste encontrar otro pretendiente que se fije tan poco en las apariencias... Quiero decir, que sea tan poco exigente. Y por cierto, él todavía no ha aceptado...

Marika – Para mi cumpleaños esperaba algo mejor que un novio ciego...

Vuelve María con un plumero.

María – ¿Es su cumpleaños, señorita Marika?

Marika – Sí, ¿por qué? ¿Piensa hacerme usted un regalo también?

María – ¡Qué fuerte!

Marika – ¿Qué pasa ahora?

María – ¡Que también es mi cumpleaños! Hoy hago veinte años. ¿Y usted?

Marika – Yo también.

María – ¡Y nacimos el mismo día!

Carlota – Bueno, millones de personas en el mundo nacieron un día como hoy. No tiene nada de particular.

María – En el mundo, vale. Pero ¿en este país?

Carlota – ¿No nació usted en Portugal?

María – Los portugueses son mis padres. Yo nací aquí, en Villaseca del Castillo.

Marika – ¿En Villaseca del Castillo...?

María – No me diga que...

Carlota – Es una coincidencia curiosa, desde luego. Pero aquel día nacieron varios niños en la maternidad de Villaseca del Castillo.

María – ¡Pero no habrá muchos que se parezcan tanto a mi madre! Mire, ¡tengo una foto!

María saca del bolsillo una fotografía y se la coloca delante de las narices a Marika. Esta la mira desconcertada.

Marika – Pues sí... Hay... cierto aire de familia...

Carlota – Bien, María, ¿por qué no va a limpiar los dormitorios?

María – Como diga, señora baronesa. Pero nadie me quitará de la cabeza que esto es muy raro...

María se marcha olvidándose de recoger la fotografía.

Carlota – Empiezo a pensar que sería mejor despedir a esta criada ahora mismo...

Marika – Sin embargo, es bastante inquietante...

Carlota – ¡No me diga que usted también empieza!

Marika le da la foto a su madre.

Marika – Tiene que reconocer que el parecido es asombroso, ¿no?

Carlota – ¡Pero esa chica está como una cabra! ¿Cómo iba a parecerse alguien de su clase a una sirvienta portuguesa o a su madre?

Marika – En cualquier caso, es verdad que yo no me parezco a usted en absoluto.

Carlota – Los hijos no siempre se parecen a sus padres. ¿Adónde quiere llegar?

Marika – Estas cosas pasan. Vi una película sobre ello. Dos bebés intercambiados por error al nacer en una maternidad...

Carlota – También las cigüeñas pueden equivocarse de pista de aterrizaje...

Marika – Recuerdo que uno, de sangre azul, iba a parar a un bloque de protección oficial, mientras que el otro, nacido en un barrio marginal, acababa en una mansión de lujo.

Carlota – Ve usted demasiada televisión, querida... ¡Qué disparate! Entonces, ¿según usted yo sería la madre de la criada? ¿Acaso le parece que se parece a mí?

Marika – No, naturalmente...

Carlota – ¡Pues ya está!

Marika – Y sin embargo... Está ese lunar en la nalga izquierda que distingue a los Castelar... y que yo no he heredado de usted. Mi señal de identidad son más bien los pelos de la espalda...

Carlota – Es cosa de la genética. A veces un rasgo se salta una generación. Lo mismo ocurre con el talento o la belleza. Dicen que el hijo de Einstein era un auténtico idiota. Y nadie garantiza que una hija de Marilyn Monroe hubiera salido guapa.

Marika (*pensativa*) – Aun así... Me gustaría ver el trasero de la criada...

Carlota se queda un instante perpleja. Suena el timbre.

Carlota (*distráida*) – ¿Quién será a estas horas?

Marika – ¿Qué hora es?

Carlota – No lo sé. Era una forma de hablar...

Regresa la doncella, que trae a Franck cogido del brazo.

María – El señor Sordo se había dejado los guantes...

Franck – Es verdad, aunque debo confesarles que he vuelto tan pronto por otro motivo...

María espera, visiblemente deseosa de enterarse.

Carlota – Bien, puede retirarse, María...

María – Sí, señora baronesa.

María sale de mala gana.

Franck – ¿Está su hija?

Marika hace señas de que no.

Carlota – Puedo llamarla, si quiere...

Marika intenta marcharse sin hacer ruido, pero Franck le corta el paso al avanzar.

Franck – En realidad, creo que sería preferible confiarme primero a usted...

Carlota – ¿Una confesión? ¿Tiene algo de lo que arrepentirse tan pronto?

Franck – Es un poco embarazoso, pero... Antes no les he dicho toda la verdad...

Carlota – ¿No es usted el multimillonario que dice ser?

Franck – No, no, tranquila. No se trata de eso. Es por la causa de mi ceguera.

Carlota – ¡Qué susto me ha dado! Quiero decir... ¿La causa de su...?

Franck – Les he contado que me alcanzó un rayo divino... En realidad, no fue eso lo que me dejó ciego...

Carlota – Todos tenemos nuestras pequeñas vanidades, querido Franck. No hace falta explicarle a una mujer que a veces se adorna la verdad con alguna mentira piadosa...

Franck – El origen de mi discapacidad es, por desgracia, mucho más prosaico. Padezco una enfermedad incurable...

Carlota – ¿Incurable? ¿Quiere decir que no tiene remedio?

Franck – Sí, es exactamente lo que quería decir con la palabra «incurable».

Carlota – Pero incurable no significa necesariamente mortal...

Franck – En mi caso, por desgracia, sí. Hace un año me diagnosticaron un tumor cerebral en una zona muy delicada. Primero afectó al nervio óptico, pero el resto acabará sucumbiendo. Mi médico no me da más de seis meses de vida...

Carlota – ¡Qué horror! Lo siento muchísimo... Pero ¿qué puedo hacer yo? No soy médica...

Franck – Voy a morir y no tengo herederos. Por eso quiero casarme cuanto antes: para contar con alguien que me acompañe en mis últimos momentos y dejarle mi fortuna cuando muera. Antes que entregársela a Hacienda o a una organización benéfica...

Carlota (*recobrando la esperanza*) – Me parece una decisión muy sensata, señor Sordo... Y, si me permite, de una generosidad extraordinaria...

Franck – Sé que le parecerá precipitado, pero ahora comprenderá por qué. Quisiera saber si vería usted con buenos ojos que pidiera la mano de su hija, que me ha causado una magnífica impresión. Como usted misma, naturalmente. Al entrar en este castillo he tenido la sensación de haber encontrado una familia...

Carlota y Marika intercambian una mirada embarazosa.

Carlota – Bueno... Desde luego, todo ha sido muy repentino... ¡Un auténtico flechazo! Amor a primera vista, como dicen... Perdón, siempre olvido que usted...

Franck – No se preocupe por eso...

Carlota – Mire, naturalmente es mi hija quien debe decidir, pero por mi parte... Si ella estuviera de acuerdo, solo vería ventajas en esa unión...

Franck – Le agradezco infinitamente su apoyo, querida señora. En ese caso, desaparezco...

Carlota – ¿Desaparece...?

Franck – Quiero decir que me retiro... De momento...

Carlota – Claro. Pero ¿y sus guantes?

Franck – Nunca llevo guantes... Hasta muy pronto, señora baronesa...

Intenta irse con ayuda del bastón, pero vuelve a tirar la mesita con el jarrón y las flores.

Carlota – No se marche tan deprisa, se lo ruego... ¡María!

María aparece en el acto: evidentemente estaba escuchando detrás de la puerta.

María – ¿Sí, señora baronesa?

Carlota – Acompañe al señor a la salida, por favor...

María – Sí, señora.

Carlota – Hasta muy pronto, señor Sordo. *(Franck sale del brazo de María)* Ahora sí que estamos entre la espada y la pared...

Marika – Esto es una pesadilla.

Carlota – ¡Ese hombre es multimillonario en dólares! ¡Y solo le quedan unos meses! ¡Eso sí que es un milagro! Es como si nos hubiera tocado la lotería. Y mucho más seguro, créame.

Marika – ¡Yo hablo de las dudas sobre mi nacimiento! ¿Cómo voy a casarme con ese hombre si mañana descubro que soy hija de la señora dos Santos?

Carlota – ¿No se apellidaba Rodríguez?

Marika – ¿Y le parece mejor?

Carlota – No, naturalmente. Pero nada demuestra que sea así. ¿Qué decide entonces con respecto a Franck, querida?

Marika – Antes de darle una respuesta definitiva tengo que salir de dudas.

Carlota – ¿Salir de dudas? ¿Cómo?

Regresa la doncella.

María – ¿Puedo seguir quitando el polvo?

Carlota – Adelante...

María se pone a limpiar con el plumero. Marika la observa tan insistentemente que la criada empieza a sentirse incómoda.

Marika – María, en el cuarto de servicio encontrará el uniforme que dejó su antecesora.

María – ¿Un uniforme?

Marika – Ya sabe... El vestido negro, el delantalito blanco, la cofia...

Carlota – ¿Nunca ha visto usted una comedia de criadas de las de antes?

María – Pues no, señora.

Marika – Aquí somos muy tradicionales y nos gusta que una criada tenga aspecto de criada.

María – Como diga, señorita.

Marika – ¡Pues vaya!

María – ¿Ahora mismo?

Marika – Ahora mismo.

María – Sí, señorita.

Sale la criada.

Carlota – Tendría que haberle pedido también que se depilara el bigote...

Marika – ¡Qué horror...!

Carlota – Sí, desde luego. Es bastante más visible que los pelos de la espalda...

Marika – ¿Se da cuenta? Si nos intercambiaron en la maternidad, yo podría ser la criada... Y María, su hija.

Carlota – ¡Pero qué tontería! ¡Deje de atormentarse con esa historia disparatada! Usted no habla portugués, ¿verdad?

Marika – No.

Carlota – ¡Pues ahí lo tiene! Además, la elegancia natural que heredamos las personas de nuestra condición no engaña. ¿Le parece a usted que esa chica tiene el porte de una baronesa de Casteljarana?

Marika – De todas formas, no me quedaré tranquila hasta comprobarlo yo misma...

Sale Marika. La baronesa se queda sola y suspira. Suena el teléfono y descuelga.

Carlota – Carlota de Casteljarana, dígame... Sí... Sí, sí, lo sé... No, le aseguro que ese pequeño descubierto se cubrirá muy pronto. ¿Cuánto dice? Ah, ya... Bueno, estamos esperando un ingreso y... ¿De qué sirve tener la cuenta en una caja de ahorro si no podemos contar con la solidaridad de los clientes más ricos que nosotros? Muy bien... Como último recurso, venderemos algún cuadro... De acuerdo. Me ocuparé de todo y volveré a llamarle...

Cuelga, visiblemente preocupada. Se pone a recoger las flores y el jarrón que Franck derribó al salir. Regresa Marika.

Marika – La doncella tiene un lunar en la parte de abajo de la nalga...

Carlota – ¿Cómo dice?

Marika – He entrado en el cuarto de servicio mientras se ponía el uniforme. Para comprobarlo.

Carlota – ¿En qué nalga?

Marika – En la izquierda.

Carlota – ¡Pues ahí tiene la prueba! Los Casteljarana lo tenemos en la derecha.

Marika – ¡Antes me ha dicho que podía saltarse una generación! ¡Pues también puede saltar de nalga!

Carlota – Pero, Marika...

Marika – Yo, hija de la señora Da Silva...

Carlota – ¿Cómo puede imaginar semejante cosa?

Marika – Creo que voy a vomitar...

Marika sale y se cruza con la criada, que vuelve vestida de doncella: traje negro y delantal blanco.

María – La última vez que vi un uniforme así fue en un canal de pago, y le aseguro que no estaban representando una comedia de criadas...

Carlota – Ah, ya...

María – Y su hija Marika... ¿No es un poco...?

Carlota – ¿Un poco qué?

María – Ha entrado mientras me cambiaba para mirarme el culo...

Regresa Marika.

María – No tiene buena cara, señorita Marika. Está usted blanca como la pared...

Marika – Ya se me pasará.

María – Es increíble cuánto se parece a mi madre...

Marika se encuentra todavía peor.

Carlota – Está bien, María. Déjenos solas...

Sale la criada.

Marika – Mamá... ¿Me oculta algo?

Carlota – ¡Por supuesto que no, hija mía! ¡Qué cosas se le ocurren!

Marika – ¿Se acuerda al menos de sí, cuando dio a luz, había allí otro bebé que se llamara María?

Carlota – ¡Cómo voy a saberlo! Estaban todos alineados en sus cunas, como pollitos en una granja... Recuerdo que tuvieron que ponerla bajo una lámpara porque tenía ictericia. Por cierto, siempre le ha quedado la piel un poco amarillenta...

Marika – Gracias...

Carlota – Además, ¿cómo se distingue a un recién nacido de otro? Es verdad que se pueden confundir...

Marika – Ya me quedo mucho más tranquila...

Carlota – ¡Pero por eso les ponen una pulsera!

Marika – ¿Una pulsera electrónica?

Carlota – En aquella época todavía no. Una pulsera con el nombre del bebé.

Marika – Es increíble... Un coche tiene matrícula, número de motor, número de bastidor, grabados en las lunas, dispositivos antirrobo y sistemas de alarma. Y para identificar a un bebé, solo una pulserita con su nombre... ¡Así es mucho más fácil confundirse!

Carlota – Sobre todo cuando entre Marika y María solo hay una letra de diferencia. Como uno de los bebés mordisqueara la pulsera justo por ese lado...

Marika – ¿Y ha guardado usted mi pulsera?

Carlota – Pues no. ¿Para qué iba a guardarla?

Marika – No sé. Como recuerdo...

Regresa la criada, muy excitada.

María – ¡Lo sabía! ¡Estaba segura!

Carlota – ¿Y ahora qué pasa?

María – Acabo de hablar por teléfono con mi madre.

Marika – ¿Y bien?

María – Me ha confesado que siempre había sospechado que yo no era su hija biológica.

Carlota – Entonces, ¿por qué no le había dicho nada?

María – ¡Para no traumatizarme!

Marika – Pero ¿cómo puede...?

María – Según mi madre, las dos estábamos en cunas contiguas. Y me ha contado que el otro bebé era tan feo y tan escuchimizado que instintivamente pensó que aquel no podía ser su hija...

Carlota – Todo eso no son más que fantasías de criadas portuguesas...

María hace una pausa para aumentar el suspense.

María – Mi madre conservó la pulserita de cuando nací, y acaba de comprobar lo que ponía. ¡Marika, no María!

Suena el teléfono.

Carlota – ¡Conteste de una vez!

María – Marika de Casteljarana al aparato. No la oigo bien... Ah, sí. Buenos días, señor Sordo...

Carlota, furiosa, le arrebató el teléfono.

Carlota – Sí, Franck... No, todavía no, yo... ¿Ah, de veras? Muy bien, ahora mismo se lo digo. Le llamaré enseguida...

Cuelga.

Carlota – Era Franck. Quiere una respuesta a su propuesta de matrimonio. No puede esperar más. Tiene que volver a California para someterse a un tratamiento que es su última esperanza.

María – ¡A mí qué me importan sus planes de boda! ¡Llevan estafándome desde que nací! ¡La baronesa soy yo!

Carlota – ¡Un momento, jovencita! Por ahora aquí solo hay una baronesa, ¡y soy yo!

María – ¡Pues yo tengo derecho a mi herencia! ¡Cuando usted muera, este castillo será mío!

Marika – ¡De momento usted no es más que una criada portuguesa!

María – ¡La criada tendría que ser usted! ¡Usted es la criada!

Marika se viene abajo.

Carlota – Vamos a tranquilizarnos...

María – Tiene razón... Olvidemos los títulos y el dinero. Lo importante es que he encontrado a mi madre...

Se precipita a abrazar a Carlota, que se siente incómoda.

Carlota – Vamos, vamos... En cualquier caso, hija mía...

Marika – ¿Puede dejar de llamarla «hija mía»?

Carlota – No tenemos dinero, María. Sin esa boda no podremos pagar ni a la criada ni a nadie. Solo nos queda este castillo ruinoso y unos cuantos retratos de familia.

María – Pues entonces me casaré yo con el multimillonario. Al fin y al cabo, lo que le interesa es el título. Por lo demás, ni siquiera notará la diferencia. Y a lo mejor sale ganando con el cambio.

Marika y María se miran con hostilidad. Carlota se interpone.

Carlota – Déjenos solas un momento, María. Luego hablaremos de todo esto.

María – Muy bien... Pero ya les aviso: a mí no me van a tomar el pelo...

Sale la criada.

Marika – ¡Esto es una pesadilla!

Carlota – Por eso es urgente que acepte la propuesta de Sordo.

Marika – ¿De veras cree que eso es lo más urgente?

Carlota – ¡Si no, se nos escapará la gallina de los huevos de oro! ¡Y nos quedaremos sin un céntimo!

Marika – Y puede que yo ni siquiera sea baronesa...

Carlota – ¿Quién va a quererla si ni siquiera tiene sangre azul? Ya no habrá nada que justifique su fealdad... Ni ninguna compensación... (*Marika está hundida*) No se preocupe. Pase lo que pase, seguirá siendo mi hija. Carne de mi carne. ¡Es imposible que esa arpía sea baronesa! Aunque resulte ser hija mía de verdad.

Marika – ¿Y qué hacemos con Franck?

Carlota – Debe casarse con él inmediatamente, antes de que descubra que quizá usted no es exactamente quien él cree... Después será demasiado tarde.

Marika – Tiene razón...

Carlota – Llame al señor Sordo ahora mismo y dígame que acepta casarse con él.

Marika – ¿Y después?

Carlota – Se lo lleva a Las Vegas para casarse por la vía rápida. Y aprovechan para hacer la luna de miel.

Marika – ¿Y la criada?

Carlota – Yo me encargaré de ella mientras tanto...

Marika – Muy bien. Allá voy... ¡Me sacrifico por salvar el nombre y el castillo de Casteljarana!

Carlota – ¡La sangre siempre tira! Reconozco el espíritu caballeresco que ha distinguido a los Casteljarana a lo largo de los siglos.

Marika – ¡En el amor como en la guerra!

Salen las dos.

Oscuro.

Acto II

Carlota está limpiando vestida de doncella. María, con aspecto de niña bien, está sentada leyendo una revista del corazón cuya portada muestra a un miembro de la realeza.

Carlota – ¡Uf! No sabía que limpiar la casa fuera tan agotador...

María – Ya verá, lo peor son los cristales. Siempre quedan marcas. Pero puedo darle un truco, si quiere...

Carlota – Ah, sí...

María – Lo mejor para los cristales es el vinagre... Vinagre blanco. Mano de santo.

Carlota – ¿Y no preferiría ayudarme un poco?

María – ¡Pero si ve que estoy leyendo! Si quiero estar a la altura de mi rango, tengo mucho que aprender. Sobre todo acerca de la vida de los reyes y los aristócratas. No sabía que esa gente tuviera una vida tan complicada.

Carlota – Ni se lo imagina...

María – Y esos nobles con unos apellidos larguísimos. Yo creía que con la revolución se los habían acortado a todos...

Carlota – Por fortuna aún nos quedan algunos privilegios... También puedo darle yo algún consejo...

María – ¿Ah, sí?

Carlota – Por ejemplo, para viajar sin pagar alojamiento. Cuando llegue a cualquier pueblo, basta con llamar a la puerta del castillo más cercano. Seguro que vive allí algún primo lejano. Siempre habrá una habitación de invitados esperándola.

María – Ya veo... Como una cadena de hoteles con encanto.

Carlota – Exactamente, pero con peor calefacción.

María – O sea, que todos ustedes son primos...

Carlota – Sí...

María – Así se explica que estén todos tan degenerados... Por cierto, ¿sabe algo de su hija? Quiero decir... de Marika.

Carlota – Por desgracia, no... En estas circunstancias se aconseja evitar todo contacto con la familia durante las primeras semanas.

María – Vaya... Pues no lo sabía.

Carlota – Pero acabará volviendo a casa...

María – Bueno, yo voy a darme un baño para relajarme. Tanto ajetreo me ha dejado agotada...

Carlota – Me hago cargo...

María (*a punto de salir*) – Cuando termine de quitar el polvo, ¿podría pasarle un paño a la plata? No quiero ofenderla, pero esta casa era una auténtica pocilga cuando llegué...

Carlota – ¡Pero yo no soy su criada!

María – ¡Para qué quiero una criada, si ya tengo una madre!

Sale María.

Carlota – Bueno, pues seguiré con los cristales...

Entran Franck y Marika. Marika lleva dos maletas. Ha cambiado de estilo y se la ve más feliz; al menos, se siente más cómoda con su feminidad. Franck también parece encontrarse mejor y viste con colores más alegres.

Carlota – ¡Hola, hijos míos! ¡Podrían haber avisado de que llegaban hoy! Les habría preparado la habitación...

Marika – ¿Mamá? ¿Qué está pasando aquí?

Carlota – ¿A qué se refiere?

Marika – ¡No me diga que está limpiando!

Carlota – Ah, eso... No se preocupe, querida, ya se lo explicaré...

Franck – Buenos días, señora baronesa.

Carlota – ¿Cómo está mi querido yerno?

Franck – Mejor. Muchísimo mejor...

Carlota (*sin alegrarse demasiado*) – Ah, sí... Parece que el matrimonio le sienta bien.

Franck – Es verdad que me duele mucho menos la cabeza. Y a veces hasta tengo la impresión de experimentar destellos de lucidez...

Carlota – Ya sabe lo que dicen: «El amor es ciego, pero el matrimonio le devuelve la vista»... Cuando dice que está mejor, ¿quiere decir que... no va a morirse enseguida?

Franck – Parece que eso la decepciona un poco, suegra...

Carlota – ¡Qué bromista es! ¡Por supuesto que no!

Franck – Todos moriremos algún día, ¿no?

Carlota – Eso es verdad...

Franck – Pero tengo la sensación de que, en mi caso, ese día aún está lejos.

Carlota – ¡Qué maravilla! ¿Verdad, cariño?

Marika – Sí, naturalmente...

Carlota – Y bien, ¿qué tal la luna de miel? ¿Es bonito Las Vegas?

Marika – ¿No ha recibido nuestra tarjeta?

Carlota – Pues no, hija. Ya sabe cómo funciona el correo desde Estados Unidos...

Marika – Al final nos casamos en un pueblecito de Galicia, en la más estricta intimidad...

Franck – Al terminar la luna de miel, para respetar los plazos del expediente matrimonial.

Carlota – Ah, muy bien... Galicia es tan exótica como California, ¿verdad? ¿Tuvieron buen tiempo?

Marika – Llovió durante tres semanas seguidas. Casi no salimos de la habitación del hotel. *(Se acerca cariñosamente a Franck)* Pero al final no eché de menos Las Vegas...

Franck – Yo tampoco. Por lo visto, el aire de la costa gallega me ha sentado mejor que el tratamiento milagroso que iban a darme en aquella clínica de Estados Unidos.

Carlota – Ya lo veo...

Marika – Una noche Franck me llevó al casino de La Toja.

Carlota – Ah, vaya...

Marika le dirige a Franck una mirada tierna y cómplice.

Marika – Pero ¿para qué ir al casino cuando puedes disfrutar del gran juego sin salir de la cama...?

Franck *(enamorado)* – Creo que me ha tocado el premio gordo.

Carlota – En fin... Solo queda esperar que cobremos treinta y cinco veces lo apostado...

Franck – Bueno, las dejo charlar tranquilamente. Seguro que tienen mucho que contarse. Cosas de madre e hija... Yo voy a refrescarme un poco.

Carlota – Lo acompaño...

Franck – No se preocupe, puedo arreglármelas solo...

Carlota – Ya conoce la casa, ¿verdad?

Franck – Ahora también es un poco mía, ¿no?

Carlota – Claro que sí...

Franck – Hasta luego, amor mío... ¿Podrías mandar que suban mi maleta a la habitación?

Marika – Hasta ahora, cariño...

Carlota mira preocupada a su hija. Franck sale y vuelve a derribar la mesita y el jarrón.

Carlota – Bueno, querida, parece que ha sobrevivido a la prueba...

Marika – Sí, debo reconocer que no ha sido tan terrible como imaginaba... Es más, confieso que hasta he disfrutado un poco cuando...

Carlota – Le agradeceré que me ahorre los detalles de la noche de bodas... Ya me lo contará en invierno, junto a la chimenea. Ahora tenemos asuntos más urgentes...

Marika – ¿Asuntos?

Carlota – No me dirá que ya ha olvidado las circunstancias especiales de este matrimonio por amor...

Marika – No, claro que no...

Carlota – Resulta que estaba esperando el regreso de nuestro yerno providencial para pagar unas facturas... ¡Como no hagamos una transferencia al banco cuanto antes, nos embargarán el castillo!

Marika – ¿Tan mal estamos con el banco?

Carlota – ¡Mucho peor! Es el único que sigue aceptándonos como clientes desde que nos cerraron la cuenta en la banca privada... Y si no conseguimos dinero enseguida, en lugar de ir al banco acabaremos yendo al banco de alimentos.

Marika – Hablaré con Franck, se lo prometo...

Carlota – Estupendo... ¡Venga, un abrazo, hija mía!

Se abrazan brevemente.

Marika – ¿Y la doncella?

Carlota – Ese es el segundo problema que debemos solucionar... He hecho todo lo posible por apaciguarla, pero está empezando a tomarse demasiadas libertades.

Marika – ¿No la ha despedido todavía?

Carlota – ¡Es que ahora asegura que es de la familia! Como ve por mi ropa, he tenido que hacer algunas concesiones... Y cuando se entere de que...

En ese momento aparece María, seguida de Franck.

María (furiosa) – ¡El señor Sordo acaba de contarme que se ha casado! ¡Y usted me dijo que su hija estaba en un centro de desintoxicación!

Marika – ¿Le ha contado eso?

Carlota – Tenía que inventar alguna explicación.

María – ¿Conque tantas mentirijillas y tanta amabilidad repentina eran para eso? ¡Para darle tiempo a esa bastarda a casarse y quedarse embarazada a mis espaldas!

Carlota – Vamos, no nos pongamos nerviosas...

Franck – Debo reconocer, señora baronesa, que tampoco yo doy crédito a lo que oigo... ¿Confirma lo que está diciendo su criada?

María – ¡Oiga, que yo no soy la criada!

Franck – Quiero decir... su hija biológica. ¡Es monstruoso! ¿Cómo se puede convertir a una hija propia en esclava doméstica?

Marika – Bueno, tampoco es Cenicienta...

Franck – Y comprenderá que yo me sienta un poco engañado... Creía haberme casado con una futura baronesa...

María – Y resulta que se ha casado con una bastarda.

Marika – ¡Bastarda lo serás tú!

Las dos mujeres están a punto de pelearse.

Carlota – ¡Señoras, por favor! Un poco de dignidad... Al menos una de ustedes lleva sangre azul...

María y Marika renuncian a pelearse. María se acerca a Franck.

María – ¡La hija de la baronesa soy yo! ¡Debería haberse casado conmigo! (*Se insinúa a Franck*) Y créame que en la cama tampoco habría salido perdiendo...

Marika – Eso lo dirás tú, guarra.

Carlota – No nos dejemos arrastrar por la ira hasta decir cosas de las que luego podamos arrepentirnos.

Franck – En cualquier caso, dadas las nuevas circunstancias, estoy pensando si no debería pedir el divorcio.

Carlota – ¡No haga eso, querido! Seguro que podemos aclarar este pequeño malentendido...

Franck – ¿Pequeño malentendido? ¡Ni siquiera sé con quién estoy casado! ¿Con la mujer que me dio el sí o con la que mañana llevará el título de baronesa de Casteljarana?

Carlota – He pensado algo al respecto, porque imaginaba que esto provocaría ciertas tensiones pasajeras...

María – No me diga...

Carlota – Esta es mi propuesta. Franck acaba de casarse con Marika y seguirá con su mujer, que heredará mi título de baronesa de Casteljarana.

María – ¿Y yo qué? ¿Que me den morcilla?

Carlota – María, por su parte, heredará cuando yo muera el castillo y todo su contenido, como compensación.

Marika – ¿Y a mí solo me queda el título?

Carlota – No me dirá que prefiere los bienes materiales al prestigio de un apellido como el nuestro...

Marika – No, claro, pero...

Carlota – Además, muchos españoles llevan sangre azul por la rama del servicio doméstico. Si hiciéramos un estudio genético, probablemente descubriríamos que la mayoría de las criadas son primas nuestras.

María, escéptica, señala con la mirada a Franck y Marika.

María – ¿Y si tienen hijos? Podrían reclamar la herencia...

Carlota – Naturalmente, Marika quedará eximida del deber conyugal para evitar que tenga descendencia. Y, de paso, les haremos un favor a esos pobres niños...

Marika – ¿Deber conyugal? Por lo que recuerdo de la noche de bodas, mi marido no parecía considerarlo ninguna obligación desagradable...

María – ¿Ah, sí?

Las dos mujeres vuelven a mirarse con hostilidad.

Carlota – Bien, ahora está todo más claro, ¿no le parece, querido yerno?

María – ¿Entonces yo no seré baronesa nunca?

Marika – ¡Le dejamos el castillo! ¿De qué se queja?

Carlota – Además, será la baronesa consorte.

María – ¿La baronesa con suerte?

Carlota – ¡Consorte! Como el príncipe consorte, el marido de una reina. Usted no tendrá el título, pero se la considerará de la familia. Y si mi hija fallece, ocupará su puesto como baronesa.

Marika – Qué detalle.

Carlota – En cuanto al señor Sordo, jamás le interesó la dote de mi hija. Es multimillonario. Lo que quería era casarse con una señorita de buena familia. En ese sentido, no puede decir que le hayamos dado gato por liebre...

María – Pues gato medio podrido, sí...

Carlota (*a María*) – La trataré como a una segunda hija, y Marika la tratará como a una hermana.

María – ¡Menuda hermana!

Carlota – ¿Qué opina, Franck?

Franck – ¿Y con quién voy a cumplir yo... el deber conyugal? Estoy casado, ¿no? Eso debería darme algunos derechos. Resulta que mi mujer ni siquiera es una auténtica baronesa, y ya veo que tampoco es precisamente una doncella inocente. ¡Y ahora encima pretenden dejarme a dos velas!

Carlota – Siempre puede acostarse con la criada. Total, es lo que habría acabado ocurriendo, como en todas las comedias de enredo...

Marika – ¡Un momento, yo no he dicho que esté de acuerdo!

María – ¡Ni yo!

Carlota – ¡No sean tan mojigatas! Seremos una familia reconstituida... ¡Muy moderna!

María – Ya, ya...

Franck – ¿Y quién se ocupará de los trabajos de la casa?

María – ¡Yo no, desde luego!

Carlota – Pues tendremos que buscar otra doncella... Pero Franck tiene dinero, ¿no? Y ahora es el hombre de la casa... ¡Se encargará de mantener a toda la familia!

Franck – Bueno, el sector inmobiliario no pasa por su mejor momento... Ni siquiera en California...

Carlota – ¡Me acaba de decir que ya no va a morirse y ahora no me dirá que encima está arruinado!

Franck – Me temo que sí, suegra... Pero lo importante en un matrimonio es el amor, ¿verdad?

Carlota está a punto de desmayarse.

Carlota – Creo que me voy a encontrar mal...

Marika – Disculpenos un momento...

La baronesa sale con su hija. Cuando se queda solo con María, Franck se quita las gafas y la estrecha entre sus brazos. Comprendemos que están compinchados.

Franck – ¡Trabajo hecho!

María – ¡A vivir como reyes!

Franck – ¡Y tanto, señora baronesa consorte!

Se besan.

María – La mala noticia es que, mientras estabas fuera, he descubierto que el castillo está hipotecado.

Franck – ¡No me digas que me he casado con ese espantajo para nada!

María – Por lo menos no habrás disfrutado demasiado de la noche de bodas, ¿no?

Franck – ¡Tú me dirás! ¿Has visto a ese adefesio?

María – Pues ella no decía lo mismo hace un momento...

Franck – Bueno, nos quedan los cuadros...

María – Eso tiene que valer una fortuna...

Va a examinar un cuadro, pero este se desprende y cae al suelo.

María – ¡Mierda! Ayúdame a colgarlo otra vez...

Franck se acerca. Al recoger el cuadro, María mira la parte de atrás.

María – ¿Qué es esto?

Franck – ¿El qué?

María – Hay una inscripción detrás del cuadro...

Franck – Quizá sea la firma de un pintor famoso... A veces descubren que un cuadro atribuido a un desconocido era en realidad de Miguel Ángel o de Leonardo...

María – ¿Leonardo? ¿El actor o el futbolista?

Franck – ¡Leonardo, el pintor! A ver, ¿qué pone?

María se inclina sobre la inscripción.

María – No consigo leerlo... No llevo las gafas... Mira tú, que tienes buena vista...

Franck examina la inscripción.

Franck – «Made in China»...

María – ¿«Made in China»?

Franck – Son falsificaciones.

María – ¿En serio? ¿Estás seguro?

Franck – ¡No creo que los aristócratas de aquellos tiempos encargaran sus retratos de familia en la China comunista! *(Pausa)* ¿Te das cuenta? ¡Me he casado con ese desecho de la naturaleza por una colección de cuadros falsos!

Se quedan abatidos.

María – Solo quedan unos cuantos muebles antiguos... No vamos a llegar muy lejos con eso...

Franck – No me lo puedo creer...

María – Nos han tomado el pelo...

Franck – Sí... Es la historia del estafador estafado...

María – Pero si los retratos son falsos, entonces...

Franck – Puede que el título de la baronesa también sea falso...

María – ¡No me digas!

Franck saca su móvil.

Franck – Espera... Voy a buscarlo en Internet... Baronesa de Casteljarana... ¡No puede ser! ¡Mira esto!

Le enseña la pantalla del móvil a María.

María – No...

Franck – Casteljarana... Tendríamos que haber sospechado...

María – Tendríamos que haber comprobado antes sus títulos de nobleza...

Franck – ¡Ya no te puedes fiar de nadie!

María – Ya te digo...

Franck – ¿Y cómo es que a su hija nunca se le ocurrió buscar su propio apellido en Google?

María – ¡Esa gente vive todavía en la Edad Media! ¡Y la chica acaba de salir del Colegio de las Golondrinas! Estoy segura de que su madre solo le deja conectarse a Internet con un filtro de control parental...

Franck – ¿Y ahora qué hacemos?

María – ¡Nos largamos! La vieja guarda algunas joyas arriba, en su habitación. Las cojo y nos vamos antes de que vuelvan esas dos fantasiosas.

Franck – Yo ni siquiera he deshecho la maleta. Mejor imposible.

Sale María. Mientras espera, Franck sigue buscando en su móvil información sobre la biografía de Carlota.

Franck – No puede ser... ¡Vaya, vaya! Aunque la baronesa, con unos años menos...

Lo sorprende el regreso de Carlota y Marika.

Carlota – ¡No doy crédito a mis ojos!

Marika – Franck, ¿tú no eras ciego?

Franck – Bueno, es que... ¡Acabo de recuperar la vista! ¡Es un milagro!

En ese momento vuelve María, que llama a Franck antes de ver a las otras dos.

María – ¿Frankie? ¡Ya tengo las joyas! Espero que estas no sean falsas también...

Franck avanza hacia María con los brazos extendidos, intentando mantener el engaño.

Franck – ¡Por fin puedo verla, esposa mía!

Marika – Tu esposa soy yo...

Franck (*decepcionado*) – ¿Ah, sí...? Pues a lo mejor no es tan milagroso como creía...

Carlota – ¡Claro, claro! Tómennos por idiotas... ¿Así que estaban compinchados desde el principio?

Marika – ¿Son ustedes dos estafadores?

Franck – Estafadores... ¡Qué palabra tan fea!

Carlota – ¡Ni es usted ciego ni es multimillonario! ¡Y esa fulana no es mi hija biológica!

María – Oiga, baronesa, no se pase, que le suelto un sopapo...

Carlota – ¡Todo era un montaje para que aceptáramos esta boda cuanto antes!

Marika – ¡Para dejarnos sin nada!

Carlota – ¡No me lo puedo creer...!

Franck – Bueno... Ahora que todos sabemos la verdad, ¿qué hacemos?

Carlota – ¿Que qué hacemos? ¡Muy sencillo: se largan de aquí los dos! Y yo voy a denunciarles.

Franck – A ver, tranquilidad. De acuerdo, no soy ciego ni multimillonario. Pero que yo sepa, ninguna de las dos cosas es delito. ¡Y, les guste o no, ahora soy su yerno!

María – ¡Eso! ¡Después de todo, fue usted quien quiso casar a su hija con un pobre ciego terminal para quedarse con su herencia! ¿Eh? ¡Eso tampoco es muy bonito que digamos!

Carlota – A usted, criada, nadie le ha dado vela en este entierro.

María – ¡Primero, jamás he sido criada! ¡Y segundo, la mentirosa de campeonato es usted! ¡Tiene el castillo hipotecado y esos retratos de familia son falsos!

Marika – ¿Falsos?

Carlota (*incómoda*) – ¡Eso es absurdo...!

María – ¿Ah, sí?

Carlota – ¡Si se ve que no entienden ustedes nada de pintura! ¡Falsos! Y usted... Apuesto a que ni siquiera es portuguesa...

Franck – Como usted tampoco es baronesa...

Marika – ¿Perdón?

Franck (*a Carlota*) – Tampoco usted ha dicho toda la verdad sobre sus orígenes...

Carlota (*incómoda*) – ¿Yo?

Franck – Su marido era actor de películas porno. ¡Y usted lo conoció en un rodaje! Está todo en Internet...

Carlota – He solicitado varias veces que eliminen ese artículo...

Marika – ¿Pero no me contó que papá había sido campeón de equitación y que murió al caerse de un caballo?

Franck – Se puede decir así, sí... Solo se olvidó de explicarle quién hacía de montura...

María – Y en qué extrañas condiciones se celebraba aquel rodeo cinematográfico...

Franck – Baste con decir que aquella película era una versión pornográfica de *La diligencia*.

Carlota – ¡Al menos tenía argumento!

María – Ya... Y seguro que con lo que le pagaban por esas películas de autor pudo comprarse este castillo.

Franck – ¡Lo que no se hace por aparentar respetabilidad!

Marika – ¡Dios mío! ¡Dígame que no es verdad! ¡Y yo que pensaba que lo peor que podía pasarme era ser hija de una criada portuguesa! Pero entonces... ¿Quiénes son mis padres? ¿Quién soy yo?

María – Tranquila, usted no fue una niña de padres desconocidos. Es hija de su madre, eso está claro... En cuanto a su padre...

Franck (*tecleando en el móvil*) – No es descartable que fuera concebida durante el rodaje de uno de esos títulos de culto, como... (*Muestra la pantalla a Marika*) *Los cañones de la baronesa*... Una obra maestra del séptimo arte en la que Carlota ostentó por primera vez el título de baronesa...

María – Y fue prácticamente lo único que llevaba puesto en toda la película.

Carlota – ¡Por esa estuve a punto de ganar un premio al cine erótico...!

Franck – ¿Lo ve? Yo también podría sentirme engañado acerca del pedigrí de mi perro guía.

La baronesa se siente incómoda.

Marika – Diga algo, madre...

Carlota – Es verdad que he adornado un poco nuestra historia familiar...

Marika – ¿Entonces usted no es baronesa de Casteljarana? ¿Y los retratos de familia?

Carlota – Son completamente auténticos, se lo aseguro. Bueno, quiero decir que las personas retratadas existieron de verdad... Solo que no son nuestra familia.

Marika – ¡Esto es una pesadilla...!

Carlota – La buena noticia es que usted sí es mi hija.

Marika – ¡Una hija de puta! ¡Vaya consuelo!

Carlota – Prefiero «actriz de películas para adultos», si no te importa...

Marika – ¡Ah, sí, mucho mejor, dónde va a parar!

Carlota – ¡Y cotizaba como trabajadora del espectáculo!

Marika (*irónica*) – Desde luego, ya no vivimos en la Edad Media. Hoy no tenemos por qué tratar a las actrices como prostitutas...

María – Bueno, cuando terminen esta conmovedora escena familiar...

Carlota – Quizá podamos llegar a un acuerdo... Más vale un buen arreglo que un mal divorcio.

Marika – ¿Un acuerdo?

Carlota – Lo cierto es que ni siquiera podemos permitirnos una criada. Y ahora tampoco podemos confiar en nuestra supuesta nobleza para conseguir un yerno ideal...

Franck – Sobre todo porque su hija ya está casada, se lo recuerdo...

Carlota – Ya ve, cariño: estamos condenadas a entendernos...

Marika – Ni siquiera podemos vender esos cuadros. Son copias y no valen nada...

Franck – ¿Y si alquiláramos el castillo para rodar películas porno? Seguro que la señora conserva contactos en el mundillo.

Carlota – ¡Qué dirían nuestros amigos! ¡Y el señor cura! No, yo pensaría en algo más respetable... No sé... ¡Por ejemplo, un festival de música clásica!

María – Ah, sí... Podríamos pedir una subvención al ayuntamiento y a la diputación...

Carlota – Llevar la música clásica a los sectores más desfavorecidos está muy de moda.

María – Eso... Un concierto de música clásica para discapacitados culturales. Seguro que nos hacemos ricos...

Franck – ¿Y por qué no abrir un alojamiento rural temático? A la gente le encantan los castillos y una baronesa siempre luce bien en la decoración.

Marika – Podríamos encargarnos mi marido y yo. Y María limpiaría las habitaciones...

María – ¡Eh, Franck es mi hombre, que te quede claro!

Marika – ¡Pero es mi marido! Y ahora que sé que el señor Sordo no es ciego... La verdad es que es bastante guapo... Y también sé que no es manco...

Marika y María están a punto de pelearse. Franck se interpone.

Carlota – Vamos, seguro que encontramos un arreglo también para eso. Entre gente como nosotros siempre se puede llegar a un acuerdo, ¿no?

Marika – Cuando dice «gente como nosotros», ¿se refiere a estafadores?

Carlota – Entre otros, sí...

Oscuro.

Epílogo

Marika, vestida de doncella, quita el polvo con un plumero. Los otros tres están sentados en sillones y toman el té en un ambiente muy distinguido.

María – No me importaría tomar un poquito más de té...

Marika le sirve más té con torpeza, apretando los dientes.

Carlota – No se preocupe, querida. Mañana le tocará a usted ser baronesa.

Franck – Y a ella ser la criada.

Carlota – Quedamos en turnarnos un día cada una...

Franck – Suegra, creo que acabamos de inventar el matrimonio por turnos.

Carlota – Y la democracia rotatoria.

Franck – Ya ni siquiera hace falta engañar a la legítima con la doncella, como en una mala comedia de enredo. ¡Mañana la doncella será mi mujer!

Carlota – Y su mujer, la doncella.

Franck – Un auténtico cuento de hadas.

Carlota – En el fondo, tenía razón, querido yerno... Esto sí que es vivir como reyes. ¿No les parece, señoras?

Marika y María intercambian una mirada.

María – Mi querida colega baronesa, a veces me pregunto si al final las que estamos haciendo el pavo no seremos nosotras...

Carlota – Hablando de pavos, no olvidemos que se acerca la Navidad.

Franck – Estoy deseando pasar por primera vez estas fiestas todos juntos, en familia.

Carlota – La familia es lo más importante. *(Pausa)* A propósito, ya que estamos todos reunidos, tengo que anunciarle una gran noticia, Franck.

Franck – ¿Ah, sí? ¿Qué ocurre?

Carlota – La familia va a crecer...

Franck – ¿Un bebé por Navidad? ¡Qué maravilla! Pero ¿quién es la madre?

Marika y María se cruzan una mirada asesina y después se vuelven hacia Carlota con suspicacia. Carlota apenas parece incómoda.

Carlota – Otro milagro, por lo visto...

Franck *(para distender el ambiente)* – ¿Y si ponemos un poco de música?

Carlota – ¡Perfecto! Pero música clásica, eso sí.

Franck – ¡Como la buena música no hay nada!

Carlota – Y dicen que amansa a las fieras.

Franck pulsa un mando a distancia y pone una pieza de música clásica a elegir (por ejemplo, el Himno a la alegría).

Mientras sube el volumen de la música, las luces se atenúan sobre esta enternecedora escena de felicidad familiar.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París – Setiembre de 2019
© La Comédiathèque – ISBN 978-2-37705-277-6
<https://comediatheque.net/>